



La oscura alma de Japón en *Tokyo Vice* (TV, USA, 2022-2024)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

USA, 2022-2024. Título original: *Tokyo Vice*. Compañías: Endeavor Content y WoW. Dirección: Michael Mann, Josef Kubota Wladyka, Hikari y Alan Poul. Guion: Jake Adelstein, J.T. Rogers, Jessica Brickman y Karl Taro Greenfeld. Música: Danny Bensi y Saunder Jurriaans. Fotografía: Daniel Satinoff y John Grillo. Reparto: Ansel Elgort, Ken Watanabe, Rachel Keller, Shō Kasamatsu, Ella Rumpf, Rinko Kikuchi, Hideaki Ito, Tomohisa Yamashita, Noémie Nakai, Shun Sugata, Takaki Uda, Kōsuke Tanaka y Nobushige Suematsu. Duración: 55 min (cada capítulo).

Si en los años 80 emergería una serie como *Miami Vice* (TV, 1984),

donde se llevaba un retrato de dos policías enfrentados al mundo de los narcóticos, con valores y estética totalmente estadounidenses, *Tokyo Vice*, con sus dos temporadas, nos ofrece una mirada rigurosa y auténtica de la vida criminal en Tokyo, en la década de los años 90, a través de los ojos de un joven reportero *gaijin*, Jake Adelstein (Ansel Elgort).



Por razones que desconocemos, ha dejado atrás a su familia y su Misuri natal, logrando, gracias a su perfecto japonés, emplearse en el periódico de mayor tirada de la ciudad. Aún así, en la transcurso del trabajo la rotativa no lo va tener nada sencillo, ante una fría, desconfiada y exigente jefa, Emi Mayurama (Rinko Kikuchi) que en modo alguno está contenta con los primeros intentos de Jake de conseguir publicar su primer artículo. Sin embargo, a medida que Jake aspira a encontrar la noticia que le permita consagrarse (es joven, audaz, inteligente, guapo y atrevido) también

DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2024.34.1-2.669-675>

Copyright © 2024 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2024. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.

va descubriendo un mundo sórdido y despiadado, lleno de idiosincrasias, hipocresías y, por supuesto, de intrigas vinculadas al temible mundo de la Yakuza. De hecho, sus pesquisas le llevan a un local nocturno donde trabaja Samantha Porter (Rachel Keller), americana, de oscuro pasado, que actúa como dama de compañía y que sueña con abrir su propio local.



Entre tanto, un ambicioso e implacable jefe de la Yakuza, Shinzo Tozawa (Ayumi Tanida), pretende introducirse en la ciudad de Tokio, por lo que está presionando al clan Ishida, con el fin de apoderarse de sus negocios. En ese clan está escalando posiciones el joven Sato (Sho Kasamutsu), enamorado de Samantha, pero que también tiene sus dudas sobre una vida criminal que le permite, cierto, una vida regalada, pero también implica aceptar sus fríos códigos de conducta y renunciadas personales. Jack cubrirá varias noticias, entre ellas, la de la muerte *accidental* por un cuchillo de un hombre cargado de deudas y, más tarde, presenciará como otro se quema

a lo bonzo (la imagen de éste le perseguirá en forma de pesadilla). Pero como le señalará el policía al que se acerca para tener un informante, Miyamoto (Hideaki Ito), mujeriego y con fama de conocer la ciudad, allí en Tokyo no se producen asesinatos... si no hay un testigo. De otro modo, la estadística del número de homicidios resueltos bajaría.



La duda sobre ésta y la anterior muerte, que cree relacionadas, conducen a Jack a seguir indagando. Y, por eso, se acerca a otro inspector meticuloso e incorruptible como es Hiroto Katagiri (Ken Watanabe), quien le explicará con más detalle las reglas básicas de cómo funciona las relaciones entre la mafia y las autoridades. La policía no investiga a la Yakuza, existe una especie de *modus vivendi*, salvo que se produzca un enfrentamiento entre los clanes que nadie quiere provocar...

La serie perfila claramente un mundo con sus propias reglas e intereses, recordando, a su manera, lo que fue la mafia siciliana en su época de mayor esplendor en los Estados Unidos, pero ambientada en esta urbe

gigantesca como es Tokyo, luminosa y llena de actividad por el día, oscura, vibrante y sombría por la noche.



En esos códigos tradicionales, mientras el líder del clan Ishida, Hitoshi (Shun Sugata), se niega a traficar con estupefacientes, porque cree que no es honorable, para el ambicioso Shinzo es su manera de hacerse fuerte y acabar por ocupar un lugar privilegiado entre los clanes de la mayor metrópolis del Japón. El enfrentamiento, por descontado, será sangriento. Paralelamente, el entusiasmo de Jack le llevará a seguir tirando del hilo de esa investigación de la que, en principio, sus jefes no quieren saber nada sobre tales misteriosas muertes por deudas. Su jefa, en cambio, Emi, comienza a tomarle en serio, aunque su relación no empezara bien. A medida que progresa la serie nos va descorriendo los distintos velos ocultos de la psicología y pasado de los personajes (más que centrarse en la pura acción, lo que la enriquece), mostrando sus verdaderas caras. Jack, Samantha o Sato configuran un triángulo en el que parece que los tres están huyendo de algo (de su pasado familiar); pero

también se pone de relieve la importancia que cobra la virilidad, el honor o la autoridad (despreciando la debilidad) dentro del estricto y codicioso universo de la Yakuza.



Además, entrelazadas hay toda otra suerte de historias paralelas, como que la sociedad japonesa es marcadamente machista, la imposibilidad de reconocer la homosexualidad (aunque sea un tema más secundario), el papel de ciertos hombres que viven de aprovecharse de mujeres incautas, la corrupción política y policial, la ausencia de interés por atender la violencia de género... entre muchas otras.



No obstante, Jack se mueve por estos círculos criminales y policiales sin entender los peligros que ello implica y,



una vez que traiciona ciertos principios de confianza y lealtad, lo complicado que es volver a restaurarlos de nuevo porque los japoneses son extremadamente sensibles y orgullosos.

En la primera temporada (8 capítulos) *Tokyo Vice* resulta inquietantemente familiar, porque reconocemos en ella los rasgos de una realidad que identificamos como un poder en la sombra (la Yakuza) que se respeta y se teme a partes iguales, pero sin idealismos, mostrando su faz más mezquina, (in)humana y terrible al mismo tiempo. Y que, en el momento en que se ve amenazada o no se cumplen sus rígidas reglas, actuará de la forma más desaprensiva, violenta y

cruel posible. Ciertamente es que la serie se dispersa un poco en los dos capítulos finales, dejando una trama abierta sobre las nuevas pruebas que Jack consigue para implicar a Tozawa en una red de extorsión; y cuando Samantha logra su gran sueño, pero teniendo que pactar con los Ishida.

En todo caso, *Tokyo Vice* tiene la enorme virtud de ser muy coherente con su estilo, cuenta con un elenco protagonista muy solvente y una poderosa narrativa que, incluso, en su propio desvelo de la *cotidianidad* es una radiografía increíblemente veraz de la turbia, bella y temible ciudad de Tokyo al contraluz.



La segunda temporada de esta lograda serie cierra las líneas que había dejado abiertas en la anterior, pero subiendo un escalón a la hora de abordar el papel de la mafia en la sociedad japonesa. Algunos personajes desaparecen víctimas de la actividad criminal y se introducen otros nuevos. Ya no se queda en la pugna por el control de las calles entre bandas rivales y cómo es su naturaleza criminal, sino es la influencia de la Yakuza en los poderes institucionales.

Arranca con brío, desvelando la [desgraciada] suerte de Polina, la amiga de Samantha, gracias a la aparición de un vídeo que una mano desconocida facilita a Jake; y que permiten a éste y a Katagiri seguir con sus pesquisas, viéndose a un alto cargo del gobierno implicado con los Tozawa. Pero también los innumerables problemas a los que se enfrentan, teniendo que cerrar forzosamente la investigación cuando Jake y Emi, impotentes, observan como alguien destruye la prueba audiovisual que les

iba a permitir desvelar parte del entramado criminal.

Los tentáculos de la mafia se presentan alargados y profundos, haciéndola casi intocable. Pero como se indicaba, la serie evoluciona. Samantha logrará abrir, por fin, su anhelado club, y, aunque parece arrancar con éxito, siempre se dan dificultades en un mundo tan peligroso a las que se tendrá que enfrentar con su afilada inteligencia, contactando con una antigua compañera (escort), Erika, la madame que le abrió a ese mundo. Jake, que ya se ha consolidado como periodista en el *Meicho Shimbun*, sigue rehuyendo a su familia, y ocupándose de otros sucesos que le alejan de abordar a la peligrosa Yakuza, pero adentrándose en otras realidades que retratan los bajos fondos de Tokio, como es la problemática del robo de motocicletas (logrando infiltrarse en una banda de moteros nipona, *bosozoku*).



Al pobre Katagiri le degradarán, ocupándose de temas menores, al hacerle responsable de la muerte del inspector Miyamoto. Y nuevos

conflictos entran en liza, en este mundo donde la ambición, el poder y el dinero entran en juego dentro de la familia Chihara. Soto logrará sobrevivir a una agresión, pero poco después Hayama, tras su paso por prisión, se convierte en el segundo al mando del Oyabun, un hombre que se muestra duro e implacable, y que no simpatizará con Sato.

Por su parte, Yabuki, la mano derecha de Tosawa, ha decidido cerrar las hostilidades con los Chihara mientras su jefe se halla ausente, aunque Hayama plantea recuperar el territorio perdido, con el beneplácito de Ishida. Dentro de la policía, llega a la comisaría Sholo Nagata, de la Agencia Nacional de Policía. Y le propone a Katagiri que sea su mano derecha.



Su nueva estrategia será no tolerar a la Yakuza, sino destruirla. *Tokio Vice* continúa radiografiando un submundo ruin, brutal y cruel, con sus propias reglas y leyes no escritas. Es, a su vez, un tablero de ajedrez donde la influencia, la familia, el poder y los códigos de honor de la Yakuza (lealtad, rígida jerarquía y brutalidad) son tan

significativos como implacables. No conocer sus reglas implica la muerte.

Por supuesto, en un universo así las relaciones personales de los protagonistas no son nada sencillas. Mienten, ocultan secretos y no pueden disponer de una vida pública como les gustaría por diferentes motivos (porque es peligroso) y acaban enredados, como la pobre Samanta, en sus turbios negocios (mientras busca una manera de recuperar el control de su club).



Sato también quiere mantener a su hermano Kaito alejado de la vida criminal, pero le es muy complicado, debido al taimado y brutal Hayama. Todo sueño tiene un precio, incluso para aquellos que defienden la legalidad, como Katagiri. Cada movimiento en falso resulta ser una amenaza para alguien, y Jake, el joven y ambicioso periodista dejará de meterse en terreno peligroso al establecer una relación oculta con la amante de Tosawa, Misaki Taniguchi.

Además de estas situaciones de los protagonistas, el punto central viene dado porque las actuaciones de

la policía dan sus frutos. Dos familias de la Yakuza son desarticuladas y eso pone en guardia al resto. Sin embargo, la reaparición de Tozawa, más poderoso, ambicioso y vengativo que nunca, dispuesto a limpiar el deshonor por la invasión de su territorio de la Chihara, tensa los equilibrios dentro de la Yakuza... El temible enfrentamiento le lleva a Ishida-san a romper con su tradición y encargarle a Sato y a Hayama que adquieran armas de fuego. La situación se vuelve crítica. También se aborda el tema de la homosexualidad más explícitamente, que, como otros temas en la sociedad japonesa, es tabú, debido a su fuerte tradicionalismo (y que la serie se embarca en sacar a la luz, desvelando sus idiosincrasias).



Modernidad y arcaísmos se convierten en un contraste muy intenso y fascinante a lo largo de sus capítulos y su exploración de esta realidad sumergida, llena de apariencias y mentiras, cargada de intrigas y falta de escrúpulos a la hora de conseguir sus lucrativos fines, donde la confianza es un lujo, una amenaza y un desafío, para cada uno los protagonistas. Y en el que, por

supuesto, la violencia sigue muy presente, a veces de forma alusiva y otras directa e implacable; la debilidad no es una opción. Sin embargo, cuando los secretos se destapan expone a los seres queridos de la peor manera.

El asesinato de Ishida dará un nuevo giro a los acontecimientos que arrastran a Sato y enfatizan las idiosincrasias del crimen organizado, donde se conjugan respeto, tradición y crueldad, y muchos intereses incluidos gubernamentales (con ramificaciones en EEUU). Katagiri y Jake proseguirán con su inútil empeño de encontrar alguna prueba que inculpe al escurridizo y temible Tosawa de algún delito que lo lleve a la cárcel, pero éste deja pocos cabos sueltos. Jake, hastiado, regresará a casa, a Misuri, a reencontrarse con su familia, descubriendo algo importante sobre el mafioso.

La serie, magnífica y lúcida, no da tregua, es intensa, sugerente, áspera y llena de aristas imprevisibles, con innumerables traiciones, delatores y luchas por el poder. Desbordante y corrosiva, es una dura y penetrante mirada sobre Tokio, la Yakuza y los bajos fondos; donde la verdad, la justicia y la ética policial y periodística no son tan cristalinas como parecen. Excelente, sin duda.